

9º domingo Tiempo ordinario (C)

EVANGELIO

+ Lectura del santo evangelio según san Lucas 7,1-10

En aquel tiempo, cuando terminó Jesús de hablar a la gente, entró en Cafarnaún. Un centurión tenía enfermo, a punto de morir, a un criado a quien estimaba mucho. Al oír hablar de Jesús, le envió unos ancianos de los judíos, para rogarle que fuera a curar a su criado. Ellos, presentándose a Jesús, le rogaban encarecidamente: «Merece que se lo concedas, porque tiene afecto a nuestro pueblo y nos ha construido la sinagoga».

Jesús se fue con ellos.

No estaba lejos de la casa, cuando el centurión le envió unos amigos a decirle: «Señor, no te molestes; no soy yo quién para que entres bajo mi techo; por eso tampoco me creí digno de venir personalmente. Dilo de palabra, y mi criado quedará sano. Porque yo también vivo bajo disciplina y tengo soldados a mis órdenes, y le digo a uno: “Ve”, y va; al otro: “Ven”, y viene; y a mi criado: “Haz esto”, y lo hace».

Al oír esto, Jesús se admiró de él y, volviéndose a la gente que lo seguía, dijo: «Os digo que ni en Israel he encontrado tanta fe». Y al volver a casa, los enviados encontraron al siervo sano.

Palabra de Dios.

HOMILIA

2012-2013 -

Fecha

Título

José Antonio Pagola

HOMILIA

2009-2010 – CON LOS OJOS FIJOS EN JESÚS

Fecha

Título

José Antonio Pagola

HOMILIA

2006-2007 – HACERNOS DISCÍPULOS DE JESÚS

Fecha

Título

José Antonio Pagola

HOMILIA

2003-2004 – A QUIÉN IREMOS

Fecha

FE HUMILDE

Yo no soy quien...

Se ha dicho que todos los grandes hombres han sido humildes, ya que la humildad crece en el corazón de todo aquel que vive sinceramente la existencia. Con cuánta más razón se puede decir esto de los grandes creyentes. No se puede vivir con hondura ante Dios si no es en actitud modesta y humilde. ¿Cómo puede vivir una persona que, de alguna manera, ha experimentado a Dios si no es con humildad?

Tal vez sea ésta la razón más profunda de la devaluación actual de la humildad en nuestra sociedad. El hombre moderno no es capaz de adorar la grandeza de Dios, no sabe reconocer sus propios límites, no sabe intuir que su verdadera grandeza está en vivir humildemente ante Dios. Naturalmente, cuando no se ha descubierto la grandeza de Dios, la humildad se convierte en «bajeza», en desprecio de sí mismo, en algo indigno de ser vivido.

El núcleo de toda verdadera fe es la humildad. Una bella oración litúrgica de la Iglesia dice así: «*Señor ten misericordia de nosotros que no podemos vivir sin ti ni vivir contigo*». Esta es nuestra experiencia diaria. No podemos vivir sin Dios y no acertamos a vivir con Él.

Dios es luz pero, a la vez, nos resulta demasiado oscuro. Es cercano, pero está oculto. Nos habla, pero tenemos que soportar su silencio. El creyente sabe por experiencia que Dios es paz, pero una paz que engendra intranquilidad e inquietud. Dios es pureza pero una pureza que nos descubre nuestra impureza y fealdad.

Por eso, toda persona que se acerca a Dios con sinceridad lo hace como aquel centurión romano que se acercó a Jesús con estas palabras: «*Yo no soy digno de que entres en mi casa*». Sólo quien pronuncia estas palabras desde el fondo de su ser y piensa así de sí mismo, se está acercando a Dios con verdad y dignidad.

Al contrario, quien se siente digno ante Dios, está actuando indignamente. Se está alejando de quien es la luz y la verdad. Cuando más penetra la persona en el fondo de su corazón, mejor descubre que el único camino para encontrarse con Dios es el camino de la humildad, la sencillez y la transparencia.

Pocas veces estamos tan cerca de Dios como cuando somos capaces de rezar una oración como aquella que L. Boros nos sugiere en una de sus obras: «*Señor, he ocasionado mucho mal en tu bello mundo, tengo que soportar pacientemente lo que los demás son y lo que yo mismo soy; concédeme que pueda hacer algo para que la vida sea un poco mejor allí donde tú me has colocado*».

José Antonio Pagola

HOMILIA

2000-2001 – BUSCAR LAS RAÍCES

Fecha

EXTRANOS Y VULNERABLES

Para rogarle que fuera a curar a su criado.

Francesc Torralba acaba de publicar un precioso libro sobre la hospitalidad. Según el joven pensador catalán, en una sociedad donde crece la exclusión, las inmigraciones masivas y el número de personas en busca de hogar y protección, pocas virtudes sociales son más necesarias que la hospitalidad como acto de «acoger al otro extraño y vulnerable en nuestra propia casa» (F. Torralba. *Sobre la hospitalidad. Extraños y vulnerables como tú*, PPC, Madrid 2003).

Cada vez nos vamos a encontrar en nuestro camino con más «*extraños*», personas que no pertenecen a mi universo racial, religioso, cultural o económico. No hemos de pensar sólo en el extranjero que no habla nuestra lengua, tiene un rostro diferente y camina entre nosotros como desorientado. También es un extraño el niño que pide limosna, la prostituta que viste de manera llamativa o el mendigo que recoge las basuras que nosotros echamos.

Al mismo tiempo, son personas «*vulnerables*», que no viven como los demás. Ellos andan todo el día buscando protección. Viven privados de seguridad, en «estado carencial». No se bastan a sí mismos para vivir. Necesitan de los otros. En ellos aparece como en ningún otro sector esa condición del ser humano como «homo mendicans».

La hospitalidad exige, en primer lugar, reconocer al otro, no seguir mi camino ignorando su existencia y borrándolo de mi vida. Todo ser humano necesita ser reconocido, y cuando es ignorado o reducido a la nada, sufre, pues se queda sin espacio para vivir con paz y seguridad.

La hospitalidad pide, además, respetar y defender la dignidad de estas personas. No humillarlas, ni tratarlas de cualquier manera. Son como nosotros, personas que buscan vivir. Hemos de aprender a liberarnos de prejuicios para entender su mundo, comprender su situación y ponernos en su lugar.

La hospitalidad nos urge, por último, a escuchar sus necesidades para actuar. Nuestro ser crece cuando nos responsabilizamos y hacemos por el otro el bien que podemos. No siempre es fácil saber cómo actuar. Lo primero que se nos pide es vivir con un corazón abierto y dispuesto a la ayuda.

La actuación de Jesús es significativa. No se siente llamado a ninguna conquista religiosa del mundo pagano. Su misión está en Israel, no entre los gentiles. Pero, cuando se encuentra con un «centurión» extraño que le llama a curar a su criado, Jesús no duda en acudir a casa de aquel militar. Su corazón está siempre abierto, siempre atento a quien necesita ayuda.

José Antonio Pagola

HOMILIA

1997-1998 – UN CAMINO DIFERENTE

Fecha

APRENDER A COMULGAR

Yo no soy quien para que entres en mi techo.

Habituados desde niños a recibir la eucaristía, fácilmente podemos hacer de la comunión un gesto vacío y rutinario, sin apenas contenido alguno para nuestra vida. Las palabras del centurión, «*yo no soy digno de que entres en mi casa*», que pronunciamos al comulgar, parecen ser una invitación a recibir al Señor de manera más viva y renovada. La preparación litúrgica comienza con el rezo del *Padrenuestro*. Puestos en pie y sintiéndonos hijos del mismo Padre, invocamos a Dios con las palabras que Jesús nos enseñó, pidiendo que «*venga su Reino*». Pedimos también a Dios el perdón al mismo tiempo que nos perdonamos unos a otros. De esa manera, el *Padrenuestro* (cantado a veces con las manos abiertas y alzadas hacia Dios o juntándolas con las del hermano) nos configura como comunidad fraterna hecha de perdón y amor mutuo. A comulgar no vamos aisladamente, cada uno por su lado, sino como comunidad reconciliada que busca el encuentro con un Dios Padre de todos.

Precisamente por eso, nos damos a continuación *el abrazo de paz*, que es un gesto que invita a romper distancias y aislamientos, y a suprimir odios y divisiones entre nosotros. El rito se inicia con una oración del sacerdote en la que, en nombre de una Iglesia pecadora pero creyente, se pide a Jesucristo la paz y la unidad. Después, respondiendo a su invitación, nos damos fraternalmente la paz. El gesto concreto puede ser muy variado: un abrazo, un apretón de manos, un beso, una inclinación de cabeza, una sonrisa... No es un mero gesto de amistad, sino expresión de la paz que el Señor nos regala y nosotros nos comunicamos unos a otros. Si el gesto no es caricatura, es el momento de restañar heridas, reforzar vínculos amenazados, reavivar nuestra solidaridad y comprometernos a construir paz.

Después de recitar todos el «*Cordero de Dios*», el sacerdote muestra el Pan eucarístico y nos llama a tomar parte en la Cena del Señor. Es una invitación a la fe y la vigilancia. Dichosos si en ese momento nos sentimos llamados a comulgar hondamente con Cristo. Con actitud humilde («*Señor yo no soy digno*») pero confiada, en *procesión* ordenada y pausada, cantando desde lo hondo del corazón algún canto apropiado, nos acercamos con fe a comulgar.

El *silencio* agradecido (habría que prolongarlo más) y la *oración* conclusiva ponen fin al rito de la comunión. Alimentados por el mismo Cristo nos sentimos enviados a trabajar por un mundo más humano y fraterno. Sostenidos por él podemos seguir caminando con esperanza.

José Antonio Pagola

HOMILIA

1994-1995 – VIVIR DESPIERTOS

Fecha

CRITICAS

Ni en Israel he encontrado tanta fe.

Haríamos bien los cristianos en estar más atentos a las críticas que se nos hacen desde fuera. No todo es bueno en el cristianismo actual. A lo largo de los siglos ha habido no poco de relajación y mediocridad y, de hecho, en nuestra actual práctica religiosa se han ido introduciendo desviaciones y ambigüedades que desfiguran el Espíritu de Jesús. Se dice, por ejemplo, que la religión cristiana promueve el infantilismo y genera personas poco responsables y comprometidas en la construcción de una sociedad mejor. Es cierto en más de un caso. Pero esto sucede cuando se busca a Dios como refugio para los propios problemas, y se olvida al Dios predicado por Jesús, interesado por la felicidad de todo ser humano. Ser fiel a Dios experimentado como Padre de todos no desresponsabiliza nunca, sino que urge a vivir buscando siempre el bien de los hermanos.

Se dice también que la religión siembra dogmatismo e intolerancia; que los católicos se sienten «propietarios» de la verdad absoluta, y esto los conduce a la rigidez y al desprecio a los demás; que la religión trae consigo cruzadas y «guerras de religión». ¿Quién puede permanecer insensible a estas críticas cuando se conoce lo ocurrido a través de los siglos? Todo eso ha sucedido cuando los cristianos han olvidado al Dios-Amor anunciado por Jesús, que «*hace salir su sol sobre buenos y malos, y llover sobre justos e injustos*».

Se afirma que la religión no hace sino «culpabilizar»; que siempre se ve a los cristianos obsesionados por cuestiones como el divorcio, los preservativos o el aborto; que sólo tienen ojos para ver el mal de la Humanidad. Hay no poca verdad en algunas de estas críticas. El creyente trata de ser fiel a Dios, y esto le hace ser más lúcido y sensible al mal que puede deshumanizar al hombre. Pero, la «obsesión casuística» o la «morbosidad moral» sólo se dan cuando se olvida que Jesús coloca al ser humano, no ante un conjunto de leyes o Torá, sino ante las exigencias del amor.

Se asegura también que la religión lleva al conservadurismo; que los católicos se caracterizan por una mentalidad que los mantiene atados al pasado, incapaces de liberarse del lastre de ritos, lenguajes y costumbres de otros tiempos. Si esto sucede, es, sin duda, porque se olvida el Espíritu creador y renovador de Jesús, para buscar la seguridad del pasado.

Es duro, a veces, escuchar las críticas que se nos hacen a los cristianos. Casi siempre nos parecen injustas y desprovistas de objetividad. Pero es bueno escucharlas. Nos pueden ayudar a ser más fieles al Evangelio. Es mejor todavía ver con qué sinceridad se relacionan con Dios algunas personas, aunque viven alejadas de la Iglesia. Resulta sorprendente cómo alaba Jesús la fe de un centurión pagano: «*Os digo que ni en Israel he encontrado tanta fe.* »

José Antonio Pagola

HOMILIA

1991-1992 – SIN PERDER LA DIRECCIÓN

Fecha

COMULGAR EN LA MANO

Señor, no soy digno...

Al escuchar las palabras del centurión: «*Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo...*», más de un creyente recordará que son las mismas que pronunciamos poco antes de acercarnos a comulgar.

Entre tantas discusiones de no excesiva trascendencia, suscitadas después del Concilio, una de las más pintorescas ha sido, sin duda, la de recibir la comunión en la mano o en la boca.

Como es sabido, ambas maneras de comulgar pueden ser respetuosas y expresivas. Y es el mismo creyente el que ha de decidir si desea comulgar de un modo u otro, sin que el sacerdote se lo imponga según su gusto o preferencia.

En contra de lo que se piensa normalmente, comulgar en la mano no es algo «nuevo», sino la costumbre más natural durante los primeros siglos, tal como lo reflejan los diversos testimonios, pinturas y relieves de las iglesias de África, Oriente, Roma, España, Milán.

En el siglo IV, *san Cirilo de Jerusalén* escribe así a sus fieles: «Cuando te acerques a recibir el Cuerpo del Señor, no te acerques con las palmas de las manos extendidas ni con los dedos separados, sino haciendo de tu mano izquierda como un trono para tu mano derecha, donde se sentará el Rey. Con la cavidad de la mano recibe el Cuerpo de Cristo y responde *Amén.*»

La modalidad de comulgar en la boca comenzó a introducirse sólo hacia los siglos VII y VIII, y no se aceptó en Roma hasta el siglo X. Después del Concilio Vaticano II, se ha recuperado de nuevo la práctica más antigua, pero sin que, desgraciadamente, muchos cristianos hayan descubierto su hondo significado.

Antes que nada, hay que realizar el gesto de manera correcta. Se extiende la mano izquierda, haciéndole con la derecha una especie de trono, para luego tomar el Pan con la mano derecha y comulgar allí mismo, antes de retirarse. No se «coge» el Pan que ofrece el sacerdote con los dedos de la mano derecha, a modo de pinzas, sino que «se acoge» el Pan en la cavidad de la mano izquierda.

Este es el gesto. Una *mano* abierta que pide, que espera y recibe. Unos *ojos* que miran con fe al Pan eucarístico que ofrece el sacerdote. Unos *labios* que dicen «amén». Este gesto realizado con fe expresa plásticamente lo que ha de ser nuestra actitud interior de humildad, pobreza, confianza y acogida al acercarnos a recibir a Cristo. Esa mano tendida somos nosotros mismos abiertos confiadamente a Dios. Ese Pan que recibimos es el mejor regalo que podemos tomar en nuestras manos: el alimento que sostiene nuestra fe y nuestra alegría interior. Dichosos los que, domingo tras domingo, se sienten llamados a esa mesa.

José Antonio Pagola

HOMILIA

1988-1989 – CONSTRUIR SOBRE LA ROCA

4 de junio de 1989

NO SOMOS DIOSES

No soy yo quién.

El hombre contemporáneo se encuentra hoy enfrentado a tantos problemas imposibles de resolver sólo con su ciencia y tecnología que comienza a preguntarse si no nos habremos equivocado en algo esencial.

Se extiende cada vez más la sensación de que nos encontramos en un “atasco histórico” del que no vamos a poder salir si no sabemos rectificar profundamente todo.

Y tal vez, lo primero que hemos de corregir es una falsa “divinización” del hombre moderno que no parece hacerlo más humano, sino, antes bien, más inhumano.

¿No ha sido una grave equivocación el “matar a Dios” para divinizar y absolutizar ingenuamente al hombre? ¿No le hemos atribuido al ser humano un poder excesivo que, en realidad, no tiene? Hacer del hombre un “dios”, ¿no es esperar de él algo que desborda sus posibilidades y que, a la larga, sólo puede llevarlo al desengaño y la desesperanza?

Estas preguntas no son un juego de puro pasatiempo sino que nacen de la experiencia misma del hombre contemporáneo.

El hombre moderno ha creado su propio mundo pero este mundo no hace sino reflejarle sus propias sombras. Hemos convertido el mundo en “una inmensa fábrica” (*H. Marcuse*), pero ya no tenemos a nadie que nos diga quiénes somos y para qué hemos de vivir.

El hombre moderno ha intentado construir un hogar pero se halla cada vez más preso en un mundo complejo, burocratizado y administrado (*M. Horkheimer*) donde no es fácil conservar un rostro humano.

Nos hemos sacudido de encima toda norma moral de comportamiento pero nos encontramos indefensos éticamente en medio de un mundo cada vez más peligroso e incontrolable.

Hemos querido liberarnos de toda clase de “represiones» y estamos cayendo en nuevas frustraciones y esclavitudes, incapacitados cada vez más para el amor responsable y solidario.

El hombre no es “dios”. Y lo mejor que puede hacer la humanidad es reconocerlo. Tal vez, la misma cultura moderna está ya invitando al hombre a renunciar a un poder divino engañoso para encontrar de nuevo su verdadera grandeza y dignidad en el reconocimiento de un Dios que no es “enemigo” del hombre, sino el que puede ayudarle a descubrir su verdadero sentido, su responsabilidad y su esperanza.

Como aquel centurión de Cafarnaum que, aun consciente de su poder y autoridad, no dudó en reconocer su limitación para abrirse con fe a Jesús y recibir de él lo que no podía obtener con sus propias fuerzas.

José Antonio Pagola

HOMILIA

1985-1986 – BUENAS NOTICIAS

1 de junio de 1986

FE HUMILDE

Yo no soy quien...

Se ha dicho que todos los grandes hombres han sido humildes, ya que la humildad crece en el corazón de todo aquel que vive sinceramente la existencia.

Con cuánta más razón se puede decir esto de los grandes creyentes. No se puede vivir con hondura ante Dios si no es en actitud modesta y humilde. ¿Cómo puede vivir un hombre que, de alguna manera, ha experimentado a Dios si no es con humildad?

Tal vez sea ésta la razón más profunda de la devaluación actual de la humildad en nuestra sociedad. El hombre moderno no es capaz de adorar la grandeza de Dios, no sabe reconocer sus propios límites, no sabe intuir que su verdadera grandeza está en vivir humildemente ante Dios.

Naturalmente, cuando no se ha descubierto la grandeza de Dios, la humildad se convierte en «bajeza», en desprecio de sí mismo, en algo indigno de ser vivido.

El núcleo de toda verdadera fe es la humildad. Una bella oración litúrgica de la Iglesia dice así: «Señor, ten misericordia de nosotros que no podemos vivir sin Ti ni vivir contigo». Esta es nuestra experiencia diaria. No podemos vivir sin Dios y no acertamos a vivir con él.

Dios es luz pero, a la vez, nos resulta demasiado oscuro. Es cercano, pero está oculto. Nos habla pero tenemos que soportar su silencio.

El creyente sabe por experiencia que Dios es paz, pero una paz que engendra intranquilidad e inquietud. Dios es pureza pero una pureza que nos descubre nuestra impureza y fealdad.

Por eso, todo hombre que se acerca a Dios con sinceridad lo hace como aquel centurión romano que se acercó a Jesús con estas palabras: «Yo no soy digno de que entres en mi

casa». Sólo quien pronuncia estas palabras desde el fondo de su ser y piensa así de sí mismo, se está acercando a Dios con verdad y dignidad.

Al contrario, quien se siente digno ante Dios, está actuando indignamente. Se está alejando de quien es la luz y la verdad. Cuando más penetra el hombre en el fondo de su corazón, mejor descubre que el único camino para encontrarse con Dios es el camino de la humildad, la sencillez y la transparencia.

Pocas veces estamos tan cerca de Dios como cuando somos capaces de rezar una oración como aquella que L. Boros nos sugiere en una de sus obras: «Señor, he ocasionado mucho mal en tu bello mundo; tengo que soportar pacientemente lo que los demás son y lo que yo mismo soy; concédeme que pueda hacer algo para que la vida sea un poco mejor allí donde tú me has colocado».

José Antonio Pagola

HOMILIA

1982-1983 – APRENDER A VIVIR

Fecha

REVISAR NUESTRA FE

Ni en Israel he encontrado tanta fe.

Muchos cristianos están viviendo con una sensación de vértigo. Al caer por tierra muchos de los moldes tradicionales en que han vivido siempre su religión, tienen la impresión de que la fe se les va escapando del alma.

Ciertamente la crisis no es capricho de progresistas ni obstinación de conservadores. Es un cambio cultural profundo que nos obliga a encontrar caminos nuevos para seguir creyendo en el Dios de Jesucristo.

Lo queramos o no, los creyentes tenemos que aprender a vivir hoy la fe frente a los que P. Ricoeur ha llamado «los maestros de la sospecha»: *Nietzsche, Freud y Marx*. Aunque, tal vez entre nosotros, pocos hayan leído alguna de sus obras, el ambiente que se respira en nuestra sociedad está condicionado por su pensamiento.

F. *Nietzsche* condenó el cristianismo porque lo veía como una religión triste y enemiga de la vida. Y declaró la guerra a un Dios «rival del hombre», enemigo del gozo, la fiesta y la exaltación de lo humano.

Frente a esto, es preciso que los cristianos «mostremos más cara de redimidos», que creamos con más fe en el Dios «amigo de la vida». El cristianismo no es una religión para desanimados de la vida, los resignados ante el mal, los que se refugian en su intimidad, los que se acobardan ante la existencia.

Cuántos jóvenes nos agradecerían si nos vieran vivir la fe como una afirmación gozosa de la vida y de todo lo verdaderamente humano.

S. *Freud* ha visto el cristianismo como «ilusión» que mantiene a los hombres en un estadio infantil. La fe en un Dios «padre» incapacita a los cristianos para abandonar la niñez y afrontar como adultos la tarea de la existencia.

Frente a esto, los cristianos tenemos que mostrar que creemos en un Padre en el que confiamos como niños, pero un Padre que nos urge a vivir con responsabilidad hasta la muerte de cruz.

El cristianismo no es una religión para aliviar miedos y suplir carencias. La fe en el Padre de Jesucristo no «desresponsabiliza» sino que hace crecer nuestra responsabilidad ante el hermano.

C. *Marx* nos ha lanzado una dura condena. El cristianismo sería «opio» que siembra la resignación y pasividad en los creyentes. Los cristianos viven «alienados», con la mirada puesta en el cielo, olvidados de transformar la tierra.

Frente a esto, los cristianos tenemos que demostrar con nuestro comportamiento práctico, que no se puede tomar en serio a Dios Padre sin tomar en serio a nuestros hermanos los hombres. El cristianismo no es refugio para los que no se atreven a comprometerse en esta tierra. Un asilo para los que viven pasivamente, consolándose de los sufrimientos de la existencia, insensibles a las injusticias y opresiones ajenas.

Cuánto nos agradecerían hoy muchos, si vieran que nuestro amor cristiano se traduce en compromiso responsable y creador por mejorar esta sociedad y hacerla más humana.

José Antonio Pagola

Blog: <https://homiliaspagola.blogspot.com/>

Para ver videos de las Conferencias de José Antonio Pagola

<http://iglesiadesopelana3v.blogspot.com>